

Número 23

REPUBLICA DE COLOMBIA

Abril 1.º: 1907

REVISTA  
DEL COLEGIO MAYOR  
DE  
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA

IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALE 10

MCMVII

## CONTENIDO

Un insigne predicador español. Arlequín.....	MIGUEL MIR F. FLEURIOT-KÉRINOU
Estudios Históricos.....	M. M. TOBAR y A. M. OSORIO UMAÑA
Actos oficiales.	
Longfellow.....	JUAN A. ZULETA
Una novela española sobre Colombia.....	ANTONIO GOMEZ RESTREPO
Erección de una estatua á Fray Cristóbal de Torres.	
Pasos de Angeles.....	RUPERTO S. GOMEZ
Crónica del Colegio.....	J. B. R.

## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Abril 1.º de 1907

## UN INSIGNE PREDICADOR ESPAÑOL

DEL SIGLO XVI (1)

Es afirmación comúnmente admitida entre los escritores de nuestra historia literaria que no hemos tenido en España oradores sagrados muy excelentes que puedan ponerse en parangón con los que tuvieron otras naciones en los siglos de su mayor gloria y cultura intelectual.

Francia tuvo un Bossuet, un Massillon, un Bourdaloue, que ilustraron la cátedra sagrada con oraciones magníficas, que vivirán y resplandecerán como modelos en el discurso de los siglos. Italia se honrará eternamente con la grandiosa predicación de un Ségneri, Bártoli y otros, la cual puede ser presentada como ejemplar al predicador cristiano. Otras naciones se glorían también con otros predicadores, que, si bien no de tanta fama como los citados, son motivo de legítimo orgullo y modelos á quienes acuden los cultivadores de la elocuencia del púlpito. España, dicen con cierta amargura nuestros historiadores literarios, no tiene ningún nombre que pueda oponer á nombres tan famosos.

Nuestros escritores ascéticos descuellan entre los mejores de la Iglesia. Después de la maravillosa eflorescencia

(1) Discurso preliminar al libro titulado *Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera, de la Orden de Predicadores*, que forma parte de la *Nueva Biblioteca de autores españoles*, publicada bajo la dirección de D. Marcelino Meléndez y Pelayo—Madrid—Librería de Bailly-Bailliére é hijos—1906—Pags. XXXII+712 en 4.º

producida por el espíritu cristiano en los primeros siglos del cristianismo y la no menos maravillosa fomentada por este mismo espíritu en la Edad Media, nada hay que pueda igualarse en las naciones modernas á lo que produjo España en los siglos XVI y XVII de nuestra historia en el orden de la enseñanza práctica de la vida cristiana. Ninguna nación tiene escritores iguales ni que puedan ser comparados á un Granada, á un Avila, á una Santa Teresa de Jesús, á un Fr. Juan de los Angeles y á otros mil que pudieran citarse. Su número es legión, y en esta legión son tantos los que sobresalen, que en ella se hace difícil distinguir á los guías y capitanes de los vulgares y soldados rasos. Aun á veces son más de admirar estos soldados rasos que los mismos capitanes. Pero si esto es verdad, y si nuestra literatura ascética es motivo de gloria perdurable para España, es fuerza que nos confesemos vencidos y rindamos las armas al tratar de la elocuencia sagrada y de la que propiamente se llama elocuencia del púlpito.

Nuestros teólogos resplandecen en el cielo de las ciencias teológicas con resplandor insuperable. Melchor Cano, Báñez, Suárez, Juan de Santo Tomás y otros, son y serán eternamente objeto de la más viva admiración y del más atento y profundo estudio. Muchos de estos teólogos fueron al propio tiempo predicadores, adoctrinando al público en los púlpitos de nuestras iglesias, al par que á sus alumnos en las cátedras de nuestras Universidades; pero ninguno de ellos dejó piezas de elocuencia tan perfectas como las dejaron los teólogos de otras naciones.

En resolución, la tierra de los grandes ascéticos y de los sublimes teólogos, no fue la tierra de los grandes y elocuentes predicadores. Esto es lo que se dice en todas nuestras historias literarias con tal seguridad y uniformidad de afirmación, que cualquiera diría que debe pasar por autoridad de cosa juzgada.

Algunos aun van más allá, afirmando que la elocuencia del púlpito, tal como debe ser entendida, era poco me-

nos que imposible en la España de los siglos XVI y XVII. "La religión, dice Ticknor (1), fue allí un conjunto de misterios, formas y penitencias; de manera que rara vez, y nunca con grande éxito, se empleaban aquellos medios de mover el entendimiento y el corazón que se usaron en Francia é Inglaterra desde mediados del siglo XVII." Así, la elocuencia del púlpito no solamente no existió en España, pero casi puede decirse que no pudo existir. Tales afirmaciones son evidentemente temerarias y aun falsas, y la última de Ticknor tan exorbitante, que si es disculpable en un protestante, es de todo punto indigna de un escritor que en otras partes dio muestras de conocer, como pocos españoles la han conocido, la historia de nuestra cultura literaria.

Para ver la falsedad ó exageración de estas afirmaciones, así en general, no son menester largos discursos ni muy difíciles ó delicadas investigaciones. Bastan unas cuantas ideas que están al alcance de cualquiera.

Alma de la elocuencia, dijo hace tiempo Quintiliano, y su dicho no ha sido contrastado por nadie, antes aprobado y confirmado por todos, es el corazón: *pectus est quod facit dissertos*. A este corazón pueden servirle de auxiliares una inteligencia clara y profunda, una fantasía vivaz y un lenguaje propio, limpio y hermoso. Cuando hay corazón, y cuando éste cuenta con tales auxiliares, ¿qué pecho no se dilata y enciende? ¿Quién no es elocuente? Y cuando esta elocuencia se pone al servicio de una causa nobilísima; cuando está asistida de una firmísima convicción, y cuando esta convicción estriba en la virtud é influencia sobrenatural de la fe, ¿qué rasgos, qué ríos, que monumentos de elocuencia no deben esperarse?

Ahora bien: si ha habido nación ó gente que haya sobresalido por la vehemencia de los afectos que se simbolizan en el corazón; si ha habido hombres en quienes se

(1) TICKNOR, *Historia de la literatura española*, segunda época, cap. XXXVII.

actuase y resplandeciese la fuerza de una imaginación viva y pintoresca; si ha habido lenguaje que resplandeciese por las cualidades de sonoridad y majestuosa armonía, es sin duda la nación, la gente y el lenguaje de España. ¿Y cuándo este corazón, esta fantasía y este lenguaje llegaron á mayor grado de viveza y hermosura que en España de los siglos XVI y XVII? ¿Por qué, pues, no habían de producirse entonces en nuestros púlpitos obras de grandiosa elocuencia?

Si los libros ascéticos que escribieron los escritores de aquella edad gloriosamente venturosa son tan elocuentes, ¿por qué los hombres que los escribieron, que fueron muchos de ellos grandes predicadores, no habían de producir iguales efectos cuando hablaban desde los púlpitos á las muchedumbres? Si la lectura de estos escritores tanto nos cautiva y embelesa, ¿qué no haría el oírlos? ¿Qué efecto no haría su palabra hermosísima, animada por la entonación de la voz, por la majestad del hablar, por el fuego de la mirada? ¿Qué eficacia no tendría en el auditorio la vehemencia de un maestro Juan de Avila, la facundia de un Fr. Luis de Granada, la dulzura suavísima de un Fr. Juan de los Angeles, la locución viva, variada, hermosísima, de otros mil que hoy, muerta como está en las páginas de los libros, es deleite incomparable para los que las leen?

Si la ciencia teológica de un Fr. Luis de León, de un Melchor Cano y de otros ciento, á pesar de lo desgarbado del ropaje didáctico con que la cubrieron, tanto nos halaga, ¿qué efectos no lograría esta misma doctrina cuando, desatada de las formas de la escuela, saliese como río impetuoso de los labios de aquellos famosísimos teólogos? ¿Qué ratos deliciosísimos no pasarían los que asistiesen á la predicación de estos varones insignes, al escuchar aquellas oraciones suyas, en las cuales, bajando la mente de las sublimes alturas en que vivía de ordinario, declaraban en estilo llano y popular las mismas verdades

que habían sido objeto de sus profundísimas solitarias investigaciones ó de sus discusiones científicas en las aulas de las Universidades? ¿Qué placer no causaría oír la explicación de estas verdades, iluminadas por sus clarísimas inteligencias, animadas del calor que palpitaba en sus pechos y exornadas con aquel lenguaje que brotaba de sus labios, lenguaje que, muerto, digámoslo así, en sus escritos, nos transporta de la más viva admiración?

Cierto, el efecto producido por la elocuencia de estos varones no pudo menos de ser maravilloso; y cuando volvemos la vista atrás, hacia los siglos pasados de nuestra historia, cuando fingimos con la mente lo que era la sociedad española en el siglo XVI y retraemos con la imaginación sus ideas, sus hábitos y costumbres, toda su manera de pensar y de obrar, así pública como privada, uno de los espectáculos más hermosos que es dado representar á la fantasía es el de alguna de aquellas grandes congregaciones de fieles, en las cuales alguno de esos grandes teólogos, un Melchor Cano, por ejemplo, explicaba al pueblo la palabra de Dios, y este pueblo, grave, atento, religioso, cuya inteligencia estaba iluminada por la misma fe que iluminaba al predicador y cuyo corazón se movía y palpitaba al unísono del de éste, recibía en su inteligencia y guardaba en su corazón, para que fructificasen en él, las semillas de eterna verdad que desde la cátedra sagrada esparcía á la muchedumbre el intérprete de la palabra divina.

Y de una sociedad en que se ofrecían todos los días semejantes espectáculos ¿se ha de decir que no nos dejó modelos de elocuencia cristiana, que no nos los pudo dejar y aunque estaba incapacitada para dejármolos? Esto es imposible.

Más: es cosa convenida entre todos haber sido tal el vigor intelectual, científico y literario de aquella época en España, que no hubo forma ó género literario que no recibiese extraordinario fomento ó impulso, que no tuviese

cultivadores eximios y que no dejase monumentos, que son la admiración de propios y extraños; y siendo esto así, como sin duda lo es, ¿sólo la elocuencia del púlpito había de ser vana, estéril é infecunda? ¿Sólo este género literario dejaría de ser cultivado? ¿De sólo él no nos habría dejado aquella edad ningún monumento digno de memoria ó aprecio? Esto es evidentemente absurdo. Y hay que decir ó que se desconoce totalmente la historia de nuestra elocuencia, ó que no se han estudiado sus monumentos á la luz de la buena crítica, ó que aquí hay un paralogismo, engaño ó embrollo de ideas que ha perturbado extrañamente las inteligencias en este punto.

Procuremos aclarar este embrollo, poniendo las cosas en su lugar y buscando el criterio seguro de debe guiarnos en esta materia.

Una de las verdades más claras, más asentadas é inconcusas, y en que es necesario tomar pie en esta discusión, es que la cultura que florecía en España en los siglos XVI y XVII era esencialmente cristiana, engendrada, criada y fomentada por la Iglesia. Tal vez ningún pueblo ni ninguna nación ha estado más embebida y empapada con este espíritu que el pueblo y la nación española de aquellos dos siglos. Más aún: la España de los siglos XVI y XVII no sólo fue esencialmente cristiana, sino eclesiástica, y aun, digámoslo muy alta y claramente, monástico-religiosa. Tal vino á ser también el carácter más preeminente de toda su cultura intelectual, científica y literaria.

En este carácter de nuestra cultura intelectual verán unos la mayor de las glorias de España; otros, su mayor mengua y defecto; pero todos han de convenir en que así fue y que no pudo ser de otra manera; la virtud plástica, formativa, tradicional de nuestra sociedad, obrando en ella por espacio de muchos siglos, no pudo menos de producir este efecto, á pesar de otras fuerzas extrañas ó accidentales que pudiesen influir en la formación ó educación de esta sociedad.

El llamado *Renacimiento*, esto es, el estudio de la antigüedad clásica, tuvo en España eximios cultivadores, y la influencia de su enseñanza se dejó sentir en todas las esferas de la inteligencia; pero esta influencia fue muy parcial, y si consiguió ajustar los ingenios á los cánones de la belleza antigua, nunca ó rarísimas veces invadió los límites de la moral ni trastornó los cánones ó géneros literarios tales como los había asentado la tradición cristiana; pudo mejorar ó empeorar estos cánones, pero nunca logró desviar nuestra tradición del camino en que había entrado desde los albores de nuestra primitiva, independiente y nacional cultura. Nuestros grandes maestros en el estudio de la clásica antigüedad, Nebrija, Vergara, Jiménez Patón, adoctrinaron las inteligencias de los españoles en los preceptos de los clásicos griegos y latinos, pero sin apartarlos de sus antiguos ideales esencialmente cristianos. En verdad, jamás lograron, ni tampoco lo pretendieron, oponerse á estos ideales; más bien quisieron mejorarlos.

Esta idea hay que tenerla muy presente al tratar de toda nuestra literatura en los siglos XV, XVI y XVII, y especialmente de nuestra literatura popular, y más especialmente aún de nuestra elocuencia del púlpito, que es esencialmente popular y aun vulgar en el sentido más propio de la palabra. A la luz de esta doctrina se ha de mirar y estudiar la predicación de nuestro siglo de oro. Teniéndola presente, se juzgará de ella acertadamente; olvidándola, no podrá menos de incurrirse en gravísimos y fundamentales errores, aun en el orden artístico y literario.

Ahora bien: esta elocuencia del púlpito, esta predicación cristiana popular, tiene sus leyes fijas, sus principios á que debe inmoviblemente estar atendida, y según ellos debe ser juzgada y criticada. ¿Cuáles son estas leyes y principios?

Se ha dicho y repetido de mil maneras, y por muchas que se diga y repita no se repetirá bastante, ya que al hacerlo no se hace sino repetir lo que dijo claramente

Nuestro Señor Jesucristo, que al venir éste al mundo vino para renovarlo todo, para dar á toda vida nueva y vida más noble, sobrenatural y divina. Todo el humano vivir recibió con el advenimiento de Cristo impulso más vivo, más alto y generoso. Ciencias, artes, filosofía, todo lo renovó y engrandeció la fe soberana de Cristo.

Pero si eso es verdad de todas las partes y elementos de que se compone el vivir humano, una de las cosas en que desde el principio se manifestó muy especialmente esta renovación y engrandecimiento fue en el instrumento por el cual se comunicó exteriormente esta fe soberana.

La palabra del hombre, débil como es, imperfecta, participante de todas las flaquezas del que la aplica, es el mensajero de la palabra divina, de la Buena Nueva, del Evangelio, en quien está librada la salvación del mundo. “La fe, dice San Pablo, proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo.” El cristiano es hijo de Dios engendrado por la palabra de la verdad, y esta verdad es llevada al corazón del hombre por virtud de la palabra humana. Unida esta palabra á la virtud de la fe, no pudo menos de participar en alguna manera de la virtud divina. La palabra puramente humana, profana, gentilíca, era inadecuada para ministerio tan sublime. A nuevas y más altas verdades debía corresponder nueva y más alta y más sublime manera de decirlas.

La fe “no es palabra del hombre, dice San Pablo, sino que es verdaderamente palabra de Dios.”

“Nosotros hacemos el oficio de legados por Cristo, como si Dios os exhortase por nosotros.”

“No hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para conocer lo que nos fue otorgado por Dios; lo cual hablamos, no en palabras doctas y de sabiduría humana, sino en doctrina del espíritu, comparando palabras espirituales á cosas espirituales.”

“Hablamos la sabiduría entre los perfectos; mas no la sabiduría de este siglo ni de los príncipes de este siglo,

que se destruyen, sino la sabiduría en el misterio;” “gran sacramento de la piedad, que fue manifestado en la carne, justificado en el espíritu, que apareció á los ángeles, fue predicado á las gentes, ha sido creído en el mundo, ascendido á la gloria.”

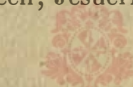
Atenido á estas enseñanzas del Predicador de las gentes, dice un moderno elocuente orador: “La religión cristiana, como en otro tiempo la religión judaica, de la que fue complemento y perfección, se creó una retórica y una elocuencia propias, que nada tienen de común con la retórica y la elocuencia de los gentiles, que son tan superiores á ellas en la elevación de los conceptos, en la grandeza de las miras, en la magnificencia de la dicción y en la fuerza de la persuasión, cuanto el cristianismo es superior al paganismo, Dios al hombre, el cielo á la tierra y á los intereses pasajeros del tiempo los intereses de las almas en la eternidad” (1).

El divino modelo de esta predicación fue Nuestro Señor Jesucristo, el Angel del gran consejo, el anunciador de la Buena Nueva, el sembrador de la semilla divina, que, arraigada en los corazones de los hombres, había de dar en ellos frutos de vida eterna.

Los Apóstoles fueron los continuadores de la obra de Nuestro Señor Jesucristo, y así como éste no había anunciado á los hombres más que lo que había oído á su Padre, así aquéllos no anunciaban más que lo que habían oído y visto en la persona de su Maestro; así los que le habían visto y oído de cerca y directamente, como los que, como San Pablo, no habían sido testigos personales de la divina enseñanza. Unos y otros cumplían el encargo de embajadores de Jesucristo, como dice uno de ellos: “Dios era quien hablaba por su boca; hablaban delante de Dios en Jesucristo, ó por mejor decir, Jesucristo hablaba en ellos mismos” (2).

(1) P. Ventura Raúlica—*Escuela de los milagros*.

(2) II Corint, 5, 20, 12, 19.



Esta palabra divina está depositada en las páginas de la narración evangélica. Por esto la historia evangélica fue desde los primeros días del cristianismo la base de la predicación cristiana; como fue el fundamento de la instrucción de las inteligencias y el grande educador y moralizador de las voluntades. La explicación clara, sencilla, al alcance de todos, de las palabras de Cristo en su Evangelio, que seguía generalmente á la lectura de algún pasaje de este mismo Evangelio en la sagrada liturgia, era la forma usual y ordinaria de la predicación. Esta predicación instruía á los primitivos fieles en las verdades que debían creer y obrar, y robustecía sus voluntades para la práctica de la virtud y perfección moral. Ella daba á conocer á los cristianos la persona de Jesucristo, objeto supremo de sus esperanzas y de su amor, la excelencia de sus enseñanzas, la eficacia de los sacramentos cuya dispensación había confiado á su Iglesia, la condición venturosa de los que le siguen en este mundo y el eterno gozo de gloria reservado á los que mueren en el ósculo de su caridad. Y esto lo hacía ora se dirigiese á grandes y nobles é instruidos según el mundo, ora á los pobres y sencillos é ignorantes; ora se practicase en los grandes templos y basílicas, ora en la oscuridad de las catacumbas.

Testimonio auténtico y primitivo de esta predicación son las epístolas enviadas por los Apóstoles discípulos del Señor á las iglesias á quienes habían evangelizado, y en especial las de San Pablo, monumento inmortal de la grandeza del ingenio de aquel varón portentoso, repertorio magnífico de sabiduría cristiana y comentario admirable del Evangelio de Cristo.

Esta predicación apostólica fue continuada por la que en los siglos primeros del cristianismo dieron á los fieles los llamados Padres y Doctores de la Iglesia; de suerte que como los discípulos del Señor recibieron del divino Maestro las formas y manera de predicar y anunciar la palabra divina, así los Padres recibieron y aprendieron de

los Apóstoles y de sus sucesores la misma forma y la práctica de tan sublime misterio.

Testigos y ejemplares de esta divina elocuencia fueron en la antigüedad cristiana, entre los griegos, San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nazianceno y otros, y entre los latinos San Agustín, San Ambrosio, San León y tantos más que es imposible enumerar. En la Edad Media continuó esta predicación en San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino y otros sin número, si admirables por su ciencia y por su ingenio, no menos admirables por la divina elocución de sus escritos, en algunos tan maravillosa, que en su comparación, como dice el autor citado, "las mejores arengas de los oradores profanos de Atenas y de Roma, á pesar de su elocuencia y belleza toda de palabras, no parecen más que composiciones de estudiantes ó juguetes de niños."

El fruto de esta predicación lo logramos en la inmensa colección de homilías, exhortaciones, panegíricos, que nos ha transmitido la antigüedad, patrimonio de la sabiduría y de la elocuencia cristiana.

La patria española, una de las más favorecidas en las gracias y dones sobrenaturales, con que la bondad divina quiso enriquecer al linaje de los hombres con la Revelación de Cristo, no fue de las menos enriquecidas y aventajadas en este linaje de predicación.

No contando más que aquellos de quienes nos quedan algunos testimonios de su elocuencia, y aun de esos á los más famosos, no es posible dejar de mencionar á Osio, el grande Obispo de Córdoba, San Gregorio Bético, San Paciano de Barcelona, Pedro de Zaragoza, Bachiario de Galicia, Apricio de Beja, San Martín Dumiense, San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro, San Ildefonso. Estos en la Edad Antigua. Y en la Media, Juan de Sevilla, Froilán de León, Bernardo de Toledo, Santo Domingo de Guzmán, San Antonio de Padua, San Ramón de Peñafort,

San Pedro Pascual, San Vicente Ferrer y otros, que sería infinito enumerar (1).

Por la virtud de la predicación de estos varones tuvo España la verdadera y legítima tradición de la predicación cristiana; la cual tradición se mantuvo siempre viva, activa, fecunda, no tanto por los libros ó escritos cuanto por la predicación misma, que nunca dejó de resonar en los púlpitos sagrados, así en los de nuestras grandiosas catedrales como en los de las humildes, oscuras y olvidadas aldeas, y fue la regla viva de la elocuencia del púlpito. A ella hubieron de atenerse los ministros de la predicación cristiana, hasta el punto de no poder apartarse de esta regla sin ser ministros infieles del Evangelio, traidores á su fe y prevaricadores de las enseñanzas y mandatos divinos. Este criterio auténtico y tradicional es el primero que debe tener presente el que quiera formar juicio recto de la predicación cristiana. Quien no lo tenga presente, jamás se formará idea exacta de lo que debe ser esta predicación.

Ahora bien: ateniéndonos á este criterio, así como la materia ó asunto de que ha de tratar el orador cristiano no es libre ni arbitraria, tampoco lo es la forma en que ha de tratarla. La materia es la palabra de Dios tal como fue enseñada por Jesucristo, anunciada por los Apóstoles; la forma, la enseñada y transmitida por la Iglesia. Esta forma puede variar según los tiempos, las personas y aun las regiones en que se ejercita la predicación; pero en medio de esta variedad tiene caracteres fijos, comunes y que se perpetúan en el curso de la tradición. La predicación cristiana es siempre la predicación del Evangelio,

(1) Puede verse una breve indicación de las obras de estos oradores antiguos en el libro titulado: *Discurso sobre la Elocuencia Sagrada en España. Su autor El Dr. D. Pedro Antonio Sánchez, colegial en el mayor de Fonseca, ca- | tédrico que ha sido de Rectoría en la Universidad de Santiago, hoy ca- | tédrico de Teología y Juez Eclesiástico de aquel Arzobispado. Madrid.— MDCCCLXXVIII. En la Imprenta de Blas Román.*

el comentario perpetuo de la palabra divina, la enseñanza de esta palabra comunicada por la Iglesia. Jamás deja de tener este carácter, so pena de profanarse y de perder la parte principal de su eficacia.

Mas es de advertir que aun reducida la predicación cristiana á la explicación del Evangelio, fue concretándose más desde sus principios, ya ciñéndose á la explicación ó comentario de algún pasaje del Evangelio, ya á la explicación de algún texto del mismo, apoyada en otros textos ó pasajes que la esclareciesen. Como la explicación se hacía á la congregación de los fieles que se reunían para celebrar ó asistir á los sagrados misterios, recibió el nombre de *homilia* (1). A esta forma puede reducirse toda la predicación verdaderamente cristiana tal como nos fue transmitida por la antigüedad, comoquiera que aun los panegíricos ú oraciones fúnebres que nos dejaron los grandes predicadores de los primeros siglos de la Iglesia no son más que la aplicación de la enseñanza evangélica á un caso particular, ya de un sujeto ó personaje, ya de un hecho ó acontecimiento histórico.

A la luz de este criterio ú orden de ideas deben ser juzgados los grandes predicadores de los siglos XVI y XVII. Juzgarlos por otra regla y con otros principios sería grande equivocación, no menos en el orden científico, como es dicho, que en el histórico y tradicional y aun literario; sería un anacronismo disparatado, que supondría en el que juzgase aberración extraordinaria en los principios más elementales de la crítica literaria. De esta equivocación ó extravío ha provenido, en gran parte á lo menos, la falsedad del concepto que se ha formado de aquellos predicadores. De aquí el vacío que notan, ó más bien suponen, ciertos historiadores en nuestra cultura nacional.

Mas sobre esta primera regla ó criterio de crítica literaria hay otra más alta, más general y comprehensiva, que

(1) *Homilia* viene del griego  $\delta\mu\lambda\iota\alpha$  reunión ó congregación, y ésta de  $\delta\mu\iota\lambda\omicron$ , muchedumbre.

es el alma de esta primera y que ha de tener siempre y principalmente ante los ojos el que se ponga á juzgar la elocuencia del púlpito de todos los tiempos y siglos, y especialmente del siglo de oro de nuestra cultura.

Se ha dicho, tomándolo de San Pablo, que la palabra del Evangelio no es palabra del hombre, sino palabra de Dios; que el predicador es el mensajero y el anunciador de la palabra divina; que la sabiduría del Evangelio no es sabiduría del siglo ni de los príncipes de este siglo, sino la sabiduría del misterio de Cristo, escondido en los siglos y manifestado al mundo al final de los tiempos. Pues bien: para juzgar rectamente de esta elocuencia hay que tener bien asentados en la mente ciertos principios, no sólo distintos, sino del todo contrarios en muchos casos á los que guían á la oratoria profana tradicional.

Hablemos claro y pongamos las cosas en sus cabales.

El arte de la elocuencia es ciertamente magnífico. La enseñanza de Aristóteles, de Marco Tulio Cicerón y de Quintiliano es sobremanera instructiva, educadora del entendimiento y adiestradora de la expresión extrínseca del pensamiento humano. Pero este arte, por lo que toca á la parte práctica de la elocuencia en general, y de la cristiana muy en particular, tiene una importancia muy escasa y relativa.

En primer lugar, mayor eficacia que la explicación de todas las reglas tiene un buen ejemplo bien estudiado y meditado. Sobre esto son muy notables las palabras de uno que fue en los días de su juventud gran maestro de retórica, más tarde gran predicador y al fin uno de los hombres más grandes que ha tenido la Iglesia y el mundo, San Agustín. El cual, hablando del arte de los preceptos retóricos, dice: "Hemos conocido á muchísimos que sin saber nada de preceptos retóricos fueron más elocuentes que otros que los habían aprendido; pero á nadie hemos conocido verdaderamente elocuente que no hubiese leído

ú oído las disputas y oraciones de los que en verdad lo eran" (1).

Aun el tal arte de retórica y de elocuencia, reconocida y todo su importancia relativa, debe contenerse en ciertos límites y aplicarse con cierta moderación; de suerte que, tras pasados estos límites y aplicada indiscreta é inmoderadamente, no sólo no conseguirá su fin, sino que podrá ser gravemente perjudicial. Tal fue el defecto de muchos preceptistas antiguos y lo es aún el de muchos modernos.

Para ser perfecta una oración, dicen, ha de tener cinco partes: exordio, proposición, división, confirmación y peroración. El exordio ha de estar sacado de ciertos tópicos y lugares comunes que se señalan, fuera de los cuales no es posible sacar nada que sea de provecho. La proposición ha de ser necesariamente breve y clara. Igualmente la división, que se ha de procurar sea en tres partes. Para la confirmación hay que acudir á tal ó cual clase de argumentos y nada más, los cuales han de estar convenientemente distribuidos para que logre su eficacia. En la peroración se ha resumir toda la oración y mover los afectos. Para exornar, embellecer y dar variedad á este conjunto se permite el uso de algunas figuras, ya de dicción, ya de pensamiento, como la repetición, exclamación, comparación, hipotiposis, etc. "Las más á propósito para esto, dice un autor (1), son la *interrogatio*, la *apostrophe*, tal vez la *prosopopeya*."

Así se explicaban ó se explican los preceptistas que se dicen comentadores de Aristóteles, Cicerón y Quintiliano. Para no perderse en ese laberinto, ó más bien mar proceloso de reglas, avisos y preceptos, indican un hilo conduc-

(1) *Sine præceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerant; sine lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus neminem* (De doctrina christiana, lib. IV, III.)

(1) El Dr. D. Pedro Sánchez en su *Discurso sobre la Elocuencia Sagrada*, pág. 196.

tor, un norte, una estrella fija que guía al navegante; la estrella, el norte y el guía seguro es Marco Tulio Cicerón, ejemplar supremo de todos los oradores, modelo único de la verdadera elocuencia. Imitar la manera de decir de este orador en la distribución del asunto, en el desenvolvimiento de las partes de la oración, en la elección de los argumentos, en el ornato del estilo, hasta en las frases y palabras, es considerado por el mayor triunfo de la elocuencia. Quien siga é imite á Cicerón, habrá acertado; quien se aparte de él, sin duda alguna se extraviará.

En esta enseñanza, en el uso de este artificio ponían ciertos antiguos preceptistas la eficacia de la elocuencia. En el empleo de esta receta literaria libraban la sanidad y vigor del pensamiento manifestado por las palabras, ora hablasen á gentes profanas y descreídas, ora á los fieles de Cristo y bajo las bóvedas del templo sagrado.

Semejante artificio ó mecanismo es en alto grado ridículo y pedantesco. Aplicado al arte ó á alguna parte del arte de la elocuencia general, es el obstáculo más eficaz para su perfección ó adelantamiento. Aplicado á la elocuencia sagrada, es su muerte inevitable.

Grandemente dijo el P. Juan de Mariana en su libro *Sobre el Rey y la Educación del Rey*: “La oratoria es difícil, pero su arte es breve” (1). Tan breve, que sus preceptos caben en una hoja de papel y aun sobra papel. La dificultad principal está en tener capacidad para entenderlos; en olvidar las ideas y sistemas absurdos que sobre esto hayan podido aprenderse; en asentar en el corazón unos cuantos principios y en practicarlos con resolución eficaz, con tenaz y porfiada perseverancia.

Señalemos algunos de estos principios, siguiendo á grandes maestros.

Sobre la elocuencia en general decía D. Gregorio Mayans y Siscar (1): “Yo quisiera ver á la juventud mucho

(1) Citado por D. Gregorio Mayans y Siscar en la *Oración en que se exhorta á seguir la verdadera idea de la elocuencia española*.

(2) En la *Oración* citada en la nota precedente.

menos instruída en tanta multitud de preceptos y más bien ejercitada con pocos y claros documentos. Quisiera, digo, ver á la juventud más aplicada á fecundar la mente de noticias útiles, ejercitar el ingenio en razonar con juicio, elegir las cosas que sean más del intento, escoger las palabras con que se declaren mejor, disponerlo todo con la debida orden y dar á la oración una hermosura natural y no afectada armonía. Quisiera, digo una y mil veces, unos entendimientos más libres sin las pigüelas del arte, unos discursos más sólidos sin afectación de vanas sutilezas, un lenguaje más propio sin oscuridades estudiadas, y por acabar de decirlo, un juicioso pensar, disimuladamente dulce en la expresión y eficazmente agradable. Esto es elocuencia; todo lo demás bachillería.”

Sobre la elocuencia del púlpito dice, hablando en general, un grande orador moderno, el P. Ventura Ráulica (1): “El gran secreto de la elocuencia sagrada consiste en que el orador hable de tal modo que fije la atención del auditorio en lo que él dice y no en lo que él es. Los pensamientos que el auditorio fija en el predicador los roba al sermón. Fuerza es que el predicador se haga olvidar de sí mismo, haga olvidar al hombre, si quiere conseguir que los que le oyen se eleven á Dios. Entonces la palabra santa penetra en el espíritu y en el corazón, excita en él el amor á la virtud ó el remordimiento y arrepentimiento del vicio. El hombre conoce lo que le falta, se conmueve, se humilla, propone, resuelve y sale de allí menos hombre y más cristiano.” “El mejor sermón, añade, no es el que excita la admiración, sino el que despierta el arrepentimiento; no es el que hace aplaudir al predicador, sino el que hace que el auditorio salga contento de Dios y de la religión y descontento de sí mismo.”

Otro gran predicador ya antiguo, pero de grande autoridad, el famoso P. Antonio Vieira, decía (2): “El sermón

(1) En la *Escuela de los milagros*. Prólogo.

(2) Citado por Mayans en el *Orador Cristiano*. Diálogo tercero.

que fructifica, el sermón que aprovecha, no es aquel que deleita al oyente, es aquel que le da pena. Cuando el oyente á cualquier palabra del predicador tiembla, cuando cada palabra del predicador es un torcedor para el corazón del oyente, cuando el oyente va del sermón para su casa confuso y atónito, sin saber parte de sí, entonces es el sermón cual conviene, entonces se puede esperar que haga fruto..." Y dirigiéndose á los predicadores, concluía: "Sembradores del Evangelio, veis aquí lo que debemos pretender en nuestros sermones: no que los hombres salgan contentos de nosotros, sino que salgan muy descontentos de sí; no que les parezcan bien nuestros conceptos, mas que les parezcan mal sus costumbres, sus vidas, sus pasatiempos, sus ambiciones, en fin, todos sus pecados.... Contentemos á Dios y acabemos de no hacer caso de los hombres.... Vea el Cielo que aún tiene en la Tierra quien se pone de su parte; sepa el Infierno que aún hay en la Tierra quien le haga guerra, y sepa la misma Tierra que aún está en estado de reverdecer y dar mucho fruto...." Así hablaba el famoso predicador P. Antonio Vieira, y se le podía creer, puesto que, como decía Mayans, hablaba en la materia, no sólo como desengañado, sino también como arrepentido. Orador naturalmente elocuentísimo, había abusado mucho de sus dotes maravillosas; mas al fin volvió sobre sí, y aunque arrepentido y todo, dejó en sus escritos mucho de la antigua mala levadura. ¡Tánta es la fuerza de la costumbre aun en las inteligencias mejor dotadas!

Tal cual lo describen estos grandes preceptistas ha de ser el fin supremo adonde ha de encaminar sus esfuerzos el orador cristiano. Mas para que se logren de todo punto estos esfuerzos, es necesario además que el predicador posea condiciones ó cualidades que poco ó nada tienen que ver con las que forman al orador según la preceptiva antes citada.

Ante todas cosas, ha de estar el orador penetrado del celo de la gloria divina, para que sea digno instrumento de su Evangelio. Ha de arder en amor de Dios, para que sus palabras, saliendo de sus labios inflamados, vayan á los oídos de los fieles y entren en sus corazones y les peguen el fuego en que están envueltas. El orador sagrado ha de ser el gran sacerdote descrito por el Profeta (1), cuyos labios conserven el depósito de la ciencia divina y de cuya boca vengan los hombres á escuchar la divina ley en toda su dureza, á aprender los preceptos divinos, á saber lo que Dios les manda y prescribe. Es el predicador el continuador de la predicación evangélica, la prolongación moral de la persona de Nuestro Señor Jesucristo, la extensión de su divina virtud, el intérprete de su enseñanza, el instrumento por el cual ha querido Dios que la fe divina se transmita y comunique á los hombres. Es el ministro de la Iglesia que desempeña en ella el ministerio de la predicación tal como ella quiere é intenta que se desempeñe. Es, en fin, el perpetuador de una tradición que, arrancando de los primeros días de la Iglesia, se extiende majestuosa por todos los siglos, con una variedad de tiempos y de circunstancias, pero siempre igual en la sustancia, eco prolongado de aquella "palabra (2) que procede de la boca de Dios y alimenta eternamente las almas." "De ti, dice San Bernardo (3) hablando con el predicador, esperan los hombres la ley de Dios y no las palabras vanas, las fábulas inútiles y las invenciones ineptas del hombre. Has consagrado tu boca al Evangelio; piénsa que ya no te es permitido entregarte á tales vanidades. Hablar de este modo en el templo es escándalo; acostumbrarse á hacerlo, sacrilegio."

Siendo el predicador tal, ha de fiar el efecto de su elocuencia, no el artificio de las palabras acicaladas y bien compuestas, sino en la virtud, en el espíritu de Dios, que ha de ir envuelto en ellas. Aborrezca y huya como de la

(1) Malach, 2, 7.

(2) Mat., IV, 4.

(3) *De consideratione*, lib. II, c. 13.

peste, dice Ráulica (1), “de aquella elocuencia rica de figuras y pobre de pensamientos, fecunda como frases y palabras y estéril de afectos, y del aparato fastuoso de una elocuencia mentirosa, que haciendo servir al deseo de agradar el gran ministerio de instruir y la palabra de verdad á mendigar la adulación, halaga los oídos y deja las pasiones en paz, y que en lugar de predicar á Jesucristo no hace más que predicarse á sí misma; de aquella elocuencia, vano efugio de espíritus superficiales y de almas profanas, que se pierde en doctrinas vagas, en frívolas descripciones, en pinturas delicadas, en conceptos extravagantes, en períodos cortados, en frases y palabras afectadas, en artificios y en flores, en adornos que el gusto más indulgente perdonaría apenas en una novela, y de que la verdad santa no puede menos de ruborizarse como una honesta matrona al verse cubierta con los vestidos de una bailarina; de aquella elocuencia, en fin, que profana en las doctrinas no menos que en las formas, rebajando al ministro sagrado hasta el cómico y al ministerio divino hasta la comedia, no tiene de sagrada más que el atrevimiento sacrílego de profanar las cosas santas, espirituales y divinas en una forma absurdamente material y humana.”

El predicador cristiano no ha de despreciar la ciencia ni el arte humano, como la gracia no desprecia ni echa á un lado los dones de la naturaleza; pero ha de hacerlo con suma discreción, usando del arte y de la ciencia humana como de medios y auxiliares subordinados y accidentales, nunca como de medios y agentes principales. Ha de servirse de ellos, no servir ni subordinarse á ellos. Pueden estas reglas iluminarle y guiarle en algunos casos; pero sobre estas reglas ha de haber otra superior, en cuya virtud ha de librarse el buen éxito de sus sermones.

Refiriéndose á esta regla superior, dice el P. Fr. Luis de Granada (2): “Siendo una vez preguntado el Padre

(1) En la *Escuela de los milagros*. Prólogo.

(2) GRANADA, *Vida del Maestro Juan de Avila*, c. II, § II.

Maestro Avila, por un virtuoso teólogo qué aviso le daba para hacer fructuosamente el oficio de la predicación, brevemente le respondió: “Amar mucho á Nuestro Señor.” Hermosa respuesta, trasunto de toda la retórica cristiana. Quien tiene el amor de Dios bien entrañado en su corazón, posee el instrumento más eficaz de la verdadera elocuencia.

“Esta aprehensión, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana es, según el propio Fr. Luis de Granada (1), el principal maestro de este oficio. Ni las escuelas de los retóricos ni todos sus preceptos podrán ayudar tanto para hacer este bien como este divino ardor. Porque este único afecto, si está vivo (que es como la mente y alma de este artificio), da al predicador todos los materiales. Este enseña á despreciar todo aquello que regala los oídos, la dulzura y aseo de las palabras y agudeza inútil de los conceptos, y abrazar solamente lo que ha de aprovechar á los oyentes y los sane, y decir con San Cipriano, no primores, mas verdades vigorosas. Este divino ardor obliga á buscar motivos para persuadir y mover al corazón, y asesta todas las máquinas de combatir al entendimiento humano, para rendirle y traerle al temor de Dios y sujetarle á la coyunda de la divina ley y moverle al odio del pecado. Este, cuando se ofrece ocasión, mueve afectos poderosos, da admirables documentos para encaminar bien la vida, levanta con la acrimonia y fuerza del decir el ánimo descaecido del oyente y hace que tome vida. Este exclama, arguye, ruega, reprende, espanta, atemoriza, ya admira y se transforma en todos los afectos y figuras del decir, resucita los muertos, habla á los ausentes, implora el auxilio de Dios, mezcla cielos, tierras, mares, y como arrebatado de un furor profético, exclama: ¡Tierra, tierra, tierra, óye el sermón de Dios! ¡Pasmaos, cielos, de esta desventura; desquiciaos puertas del cielo; á mí me han dejado fuente de agua viva y cavaron cisternas, cisternas

(1) Muñoz, *Vida de Fr. Luis de Granada*, lib. I., c. XVIII.

rotas que no pueden detener las aguas. ¡Qué no inspira en el ánimo del predicador este ardentísimo deseo! No cabe en sí á las veces, y parece que está para reventar cuando ve la religión despreciada, reinar los vicios, aplaudirse los pecados, la ceguera de los entendimientos, los pechos insensibles, y contempla el peligro extremo de las almas, compradas con la Sangre del Cordero, poseídas del Dragón; así no hay piedra que no mueva, nada deja por intentar para librar á los hombres de la perdición eterna que los amenaza. Este ánimo, este deseo, este afecto ha de tener el que se encargue de este oficio; éste imprimirá en los oyentes, si le vieren, en el rostro, en la acrimonia, en el ardor, en toda la fuerza y vehemencia del decir." Hasta aquí Fr. Luis de Granada.

Cuando este fuego divino se apodera del pecho del predicador y lo penetra é inflama y mueve, agita la lengua y sale de ella envuelto en las palabras, ¿quién es capaz de decir los efectos que causa en los oyentes?

Dice el biógrafo de Fr. Luis de Granada, D. Luis Muñoz (1), que "siendo Fr. Luis Prior de Escala-Dei, bajaba algunas veces de aquella soledad á predicar á Córdoba. Un Viernes Santo subió al púlpito con un misal en la mano (fue costumbre en la primitiva Iglesia); abrióle á vista de una gran multitud que se oprimía; leyó sólo el título del Evangelio que dice: *Passio Domini nostri Jesu Christi*. Dilatóse largamente en explicar lo que significa el nombre de Pasión, y cuando llegó á decir que la Pasión era de Nuestro Señor Jesucristo, ponderó esto con tanta fuerza de elocuencia, con tan vivas ponderaciones y afectos, con tanto sentimiento y ternura, que causó una gran conmoción en los oyentes; y fueron tantos los gemidos y los llantos, que no le dieron lugar á proseguir el sermón y se hubo de bajar del púlpito; quedó la gente tan movida á compasión y devoción, que se miraban atónitos, sin poder hablar palabra, llenos de espanto y admiración."

(1) Muñoz, *Vida de Fr. Luis de Granada*, lib. I, c. XVI.

Como este caso del P. Fr. Luis de Granada veríanse probablemente muchos en aquellos tiempos de devoción y fervor cristiano.

Este fuego interno que arde en el pecho del predicador cristiano es el alma, la guía, el inspirador de su elocuencia. El le prepara para hablar. El acendra su corazón de la escoria de las malas pasiones que pudieran impedirle su unión con Dios, de cuyos mandatos y ordenamientos ha de ser intérprete. El limpia su fantasía de las imágenes impuras que manchan la mente y estorban la visión de la verdad divina. El esclarece maravillosamente el entendimiento para que vea esta misma verdad limpia, clara, hermosa, singularmente atractiva. El pone, en fin, en su boca palabras de fuego, que, salidas de sus labios, levantan llama por dondequiera que pasan.

Al incendio de este fuego se producen maravillas, en el orden moral, que jamás pudieron lograrse con todo el aparato de los artificios humanos. A la luz que despiende este fuego se descubren bellezas, aun literarias, en que nunca soñaron Aristóteles, Marco Tulio ni Quintiliano.

No es necesario ni gran copia de ciencia ni grande esfuerzo del entendimiento para conseguir estos efectos. Una verdad profundamente sentida basta para lograr lo que se desea.

Dice el obispo D. Francisco Aguilar de Terrones, predicador que fue de la Majestad de Felipe II (1): "En nuestros tiempos hemos conocido al Padre Maestro Juan de Avila y al Padre Lobo y á otros santos varones, que no revolvían muchos libros para cada sermón, ni decían muchos conceptos, ni esos que decían los enriquecían mucho de Escritura, ejemplos ni otras galas, y con una razón que decían y un grito que daban abrasaban las entrañas de los oyentes." Es que aquella razón y aquel grito salían de un corazón caldeado por el amor de Dios, y al penetrar por los oídos á los corazones de los oyentes, los encendían y abrasaban en el mismo fuego.

(1) En la *Instrucción de predicadores*, lib. II del Tratado primero.

El que tiene en su pecho este fuego divino tiene la primera cualidad, la principal que debe tener el predicador cristiano. Quien no lo tiene está del todo incapacitado para serlo. Sin esta cualidad, las demás, por excelentes que sean, serán obstáculo gravísimo, y cuanto más excelentes, más grave para el feliz éxito de su predicación. Será un orador excelente, no será un buen predicador; y tal pueden andar las cosas, que el púlpito, en vez de cátedra de la verdad y cátedra del Espíritu Santo, se trueque en escenario de teatro ó en tablado de feria, y el que debía ser voz del Espíritu Santo se convierta en cómico ó historiador callejero.

Ahora bien: y viniendo ya á la aplicación práctica y concreta de los principios hasta aquí asentados, esto es, á la predicación cristiana del siglo de oro de nuestra literatura, en los monumentos que nos quedan de esta predicación, ¿se observan estos fundamentales principios, y sobre todo el principio supremo, director irremplazable, que debe ser el primero, el superior en la oratoria sagrada? La materia, la forma, el principio motor de la elocuencia de los predicadores evangélicos de nuestro siglo de oro ¿fueron la verdad evangélica, la manera tradicional de explicarla y el celo de la salvación de las almas? Afortunadamente se puede contestar que sí á boca llena y en toda la extensión y alcance de la palabra, atendidas, como se debe suponer, las condiciones inevitables de la flaqueza humana.

Y al decir esto nos referimos al período de nuestra mayor cultura intelectual, á nuestro siglo de oro, pues por grande, por inmensa desgracia, pasado este período no sólo no es verdadera la proposición, sino que lo es la contraria, de tal manera que si hubo predicación que se apartase de la norma de la elocuencia verdaderamente cristiana, fue la española de la última mitad del siglo XVII y de todo el XVIII y aun algo más acá.

Cuando apuntaba esta depravación de la elocuencia sagrada, un varón ilustre por su virtud y doctrina, el P.

Gaspar Sánchez, decía que la tal depravación, lo que se llamaba predicación en estilo culto, era “la mayor persecución que padecía la Iglesia de Dios en aquel tiempo.” Y efectivamente, apenas es posible imaginar cosa más opuesta á la santidad del Evangelio y á la divina misión de la Iglesia ni más desastrosa para la salud de las almas que aquella malaventurada predicación. Fue aquello una locura, un frenesí universal, uno de los fenómenos sociales, religiosos y literarios más raros é incomprensibles que nos presenta la Historia. Todos participaron de él, aun los varones más rígidos y sensatos; aun los que más debían impedirlo, cayeron en aquella aberración ciertamente muy deplorable.

Mas apartemos la vista de aquel espectáculo tristísimo y volvamos los ojos á la elocuencia cristiana de nuestro siglo de oro. De esta elocuencia hemos dicho que fue verdaderamente cristiana, auténtica y tradicional; y ahora hemos de añadir que de ellas quedaron en nuestra literatura monumentos realmente admirables que han de ser tenidos por modelos, los cuales no sólo no desmerecen, sino que se aventajan en ciertas condiciones al ser comparados con los monumentos de la predicación cristiana en otras naciones.

La comprobación cabal, amplia y definitiva de esta verdad demandaría largos volúmenes; sería necesario para ello hacer la historia de una de las partes más copiosas y al mismo tiempo más olvidadas de la literatura española; examinar infinidad de obras que yacen en la oscuridad; ponderar y aquilatar sus méritos á la luz del criterio que hemos señalado y que es el único y seguro; empresa difícil, prolija y de todo punto imposible de ser abarcada, no ya en el breve espacio que puede concederse á un Prólogo de Introducción, pero ni en muchos volúmenes.

La historia de nuestra elocuencia sagrada es el mayor vacío que hay en nuestra literatura. Hay en estas partes muy desconocidas, pero que han sido en alguna manera estudiadas, de suerte que de ellas se puede formar idea si-

quiera aproximada. En lo tocante á nuestra elocuencia se puede decir que se ignora todo. Es una mina de todo punto inexplorada; en esta mina hay oro y plata, metales preciosos y despreciables; pero el oro y la plata, el metal precioso y de buena ley y el vil y despreciable (este último abunda más que el primero) yacen en vetas y mineros impenetrables. Con el tiempo haya tal vez quien penetre en estos mineros y los ahonde y beneficie, y saque á la luz del sol lo bueno y lo malo que hay en ellos. Hoy es esto de todo en todo imposible.

Mas, aun sin hacerse esta historia, creará tal vez alguno que podría darse alguna idea del esplendor á que se levantó la elocuencia del púlpito en nuestro siglo de oro con traer á la memoria algunas de las obras de los predicadores que dejaron más fama, como, por ejemplo, la de algunos varones insignes, como Santo Tomás de Villanueva y el obispo de Albarracín Fr. Jerónimo Bautista de Lanuza, que unieron á los timbres de la santidad el realce de avasalladora elocuencia; las de aquel P. Fr. Francisco Ortiz, apellidado, y así lo dice en sus sermones publicados, Rey de los predicadores, *Monarcha predicatorum*; las del P. Fr. Juan Márquez, en la lápida de cuya sepultura se grabó *Flumen et fulmen eloquentiæ*; las del famosísimo Hortensio Félix Paravicino, llamado *Predicador de los Reyes y Rey de los Predicadores*, y otros infinitos. Cierto, algo de esto podría hacerse; para lo cual nos henchiría las medidas la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio, que contiene la biografía y la indicación de las obras, si no de todos, de la mayor parte de nuestros predicadores de aquella edad. Mas sobre que esto sería también tarea muy prolija, tal es el carácter de nuestra clásica elocuencia, tal la variedad de formas que afecta en medio de su aparente uniformidad, que ni aun con esto se lograría el intento de dar, no ya una idea clara y exacta, pero ni aun aproximada, de lo que fue esta elocuencia en el período de nuestra mayor grandeza intelectual.

Tal vez se desempeñará mejor este intento, ya que se han expuesto en las páginas anteriores los principios que han de guiar á la crítica en el asunto que traemos entre manos, con poner un ejemplo no más entre los muchísimos que pudieran ponerse, en el cual se realizaron por manera maravillosa, no solamente los principios que hemos asentado, sino también otras condiciones comunes á todas las obras literarias y muy especiales de la elocuencia del púlpito; es á saber: claridad de conceptos, acertado ordenamiento de las ideas, propiedad y galanura del lenguaje, y todas cuantas cualidades se requieren para que una obra sea artísticamente bella y humanamente atractiva. Y esto es lo que vamos á hacer en las páginas siguientes.

Este ejemplo no será uno de los de la fama; será de todo punto desconocido, será uno del montón del vulgo, que á nadie ni para nada ha excitado la atención. Y esta cualidad es una prueba más de la infinidad de tesoros que quedan por descubrir en nuestra historia literaria. Y con todo esto, con ser tan desconocido este predicador, es uno de los escritores más notables de nuestra literatura, uno de los predicadores que merecen ponerse por modelo á cuantos ejercen el ministerio de la palabra divina; un escritor admirable, que en la propiedad de la frase, en la claridad del concepto, en la riqueza y abundancia de las palabras aventaja á muchísimos á quienes la fama ha encumbrado sobre los cuernos de la luna: Fr. Alfonso de Cabrera.

MIGUEL MIR

de la Academia Española

(Concluirá)